



Martínez Moro, Juan (2004). *La ilustración como categoría. Una teoría unificada sobre arte y conocimiento*. España, Ediciones Trea.

Clara María González Jaramillo
gonzalezclarita@gmail.com

El libro *La ilustración como categoría. Una teoría unificada sobre arte y conocimiento* (2004) de Juan Martínez Moro hace parte de la colección “Biblioteconomía y Administración cultural” de Ediciones Trea, donde se abordan temas como la archivística, la bibliología, la edición y tipografía, la gestión cultural, la historia de la cultura escrita, la lexicografía y la museología.

Su autor, Licenciado en Filosofía y Ciencias de la Educación (sección Psicología) por la Universidad de Salamanca (1985) y Doctor en Bellas Artes por la Universidad del País Vasco (1995), cuenta con amplia experiencia como docente en talleres de grabado y como investigador en temas relacionados con la historia de la gráfica. Es precisamente desde el grabado y la gráfica que enfrenta el tema de la ilustración, mientras la perfila no como un simple género creativo, sino como una categoría estética y epistemológica; para esto, Martínez Moro emprende un recorrido por el espinoso tema de la relación arte–conocimiento y el objeto de estudio donde convergen ambas cosas: la ilustración gráfica. Esta última, en tanto disciplina que históricamente se ha ocupado de reunir los intereses de la estética, la información y el conocimiento, da forma y solución al problema de la difusión visual por medio del libro impreso, el cartel y, más recientemente, el entorno informático.

Sin embargo, la estética tradicional no ha considerado la ilustración gráfica como una manifestación artística, sino como un mecanismo de creación de imágenes de menor jerarquía, al servicio de un texto previo (una idea un tanto platónica, en la que se piensa la imagen como una copia de la copia, lejana al principio de la idea). Juan Martínez Moro, en su obra, busca desarrollar argumentos históricos y estéticos que identifiquen la ilustración como un género

que reúne los intereses del arte y el conocimiento, mas no se hace en ningún momento una apología a este tipo de imágenes o hace un esfuerzo por lograr su valoración artística, a pesar del riesgo que corren los trabajos de este tipo.

El libro se desarrolla en cuatro amplias secciones. En la primera, titulada “Arte y conocimiento”, se explican las razones que el autor encuentra para defender el estatuto de categoría para la ilustración gráfica con argumentos traídos desde la estética y el psiquismo (evidencia clara de su formación como filósofo en cierta línea psicologista), y haciendo referencia a personajes como Baumgarten, Kant, Peter Burke, Levi-Strauss, Vico, Husserl, Giordano Bruno, Gadamer, Derrida y Deleuze entre muchos otros.

Mediante una fuerte sustentación teórica se clarifica entonces el que será el recorrido del libro por la historia de la gráfica y su relación directa con el registro y transmisión de conocimiento. En palabras del mismo autor,

la ilustración como categoría se levanta sobre un sustrato fenoménico que, desde la invención renacentista de la imprenta a los adelantos tecnológicos del presente, ha crecido exponencialmente para llegar a adquirir una dimensión tan universal como ubicua. La ilustración como categoría pertenece por derecho histórico a un ámbito general de creación sólidamente encadenado a las dos características que han revolucionado la modernidad y que definen la cultura de nuestro tiempo: la información y la comunicación visual. El género histórico de la ilustración cobra pleno sentido estético y epistemológico con la identificación de una necesidad de fondo, de un propósito o una intención del ser humano en su actividad generadora de imágenes y obras de arte, relacionada principalmente con el registro y la transmisión de experiencia, significado, conocimiento e información en un amplio sentido. El uso del término ilustración y su elevación a categoría puede justificarse, en última instancia, en la medida en que se convierte en metáfora de una sensibilidad plenamente moderna (240).

El segundo capítulo, “La ilustración como fenómeno”, nos sitúa históricamente en el siglo XV desde donde la cultura, el conocimiento y la alfabetización visual del hombre occidental se han hecho dentro de un universo gráfico.

La imprenta, y con ella todos los fenómenos asociados a la reproducción de imágenes, logró crear estereotipos ilustrados de las ideas. Los dibujantes y grabadores del Renacimiento, al igual que aquellos que los sucedieron entre los libros del Barroco, crearon conocimiento mediante la consolidación de imágenes como representación de ciertos fenómenos.

Así pues, el hombre aprendió a ver el mundo a través de los ojos de los ilustradores, que presentaban los nuevos avances de la tecnología, la astronomía, la física y la medicina, mediante gráficas, en ocasiones de tipo explicativo.

Es allí donde el autor entra a hablar en específico de dos fenómenos especialmente barrocos que marcan, en su concepto, la importancia de la gráfica como medio para la alfabetización visual y la directa relación con el conocimiento: el libro ilustrado y el cartel. El primero visto como una obra de arte total, que aunque bastante menos ambiciosa que la propuesta por las óperas de Richard Wagner, buscaba una unidad en la que la imagen y el texto se complementaran para lograr una mayor efectividad sensorial, más expresividad y una óptima transmisión de significados en comparación con otros soportes creativos; el cartel, por su parte, hace de la ciudad entera un libro ilustrado mientras se convierte en la evidencia gráfica (y pública) de la gran actividad cultural y la diversidad ideológica que se concentra en la condición urbana.

De manera inversa, ambos soportes representan la relación directa arte–conocimiento existente en la ilustración gráfica, pues como lo afirma el mismo Martínez Moro, “si el paso de la idea al arte había encontrado en el libro ilustrado su soporte idóneo, el cartel se revela en el paso del arte a la idea obligado por los imperativos de la publicidad y la comunicación” (103).

Con esta afirmación se da paso al siguiente capítulo, titulado “Pensamiento e imagen de la república del conocimiento”, en el cual se profundiza el tema de la ilustración de textos científicos en los siglos XVI y XVIII. Estos períodos, en los que la ciencia comenzaba a descubrir el mundo, dejaron a las épocas venideras un conjunto de textos ilustrados que afectaron los niveles mnemónicos e imaginativos de las siguientes generaciones, a través de las visualizaciones ideográficas creadas para difundir y comunicar el nuevo conocimiento. Para el estudio de esta creación gráfica, se identifican tres tipos de ilustraciones relacionadas con los tres paradigmas estético–epistemológicos que se consolidan: la ilustración descriptiva relacionada con lo empírico, la ilustración del concepto afín a lo estético, y la ilustración funcional directamente asociada a lo mecánico.

El hilo conductor del libro son siempre las reproducciones de los grabados que ilustraban los textos científicos y filosóficos de la época, entre los que se encuentran algunos de los que acompañaban las obras de personajes tan importantes como Copérnico, Vesalio, San Juan de la Cruz, Kircher, Kepler e incluso Descartes.

En el cuarto capítulo, “La ilustración en la era de la información”, Martínez Moro da un salto al arte contemporáneo, el cual relaciona directamente en lo que a la gráfica se refiere, con los libros ilustrados barrocos. En este sentido, el autor halla puntos comunes con las ideas de Omar Calabrese y su “era neobarroca” en tanto la exploración con diversas maneras de afrontar una visualidad fragmentada, termina favoreciendo creaciones insospechadas. El afán del libro barroco por comunicar conocimiento a través de la imagen visual, podría proporcionar una visión unificada del papel de la imagen gráfica

en la cultura occidental, si se reconoce en el arte contemporáneo la presencia recurrente (y repetida a partir del *pop*), de la gráfica reproducible.

Dicha reproductibilidad de las imágenes, desde la imprenta hasta la era digital, se ha labrado un lugar en el arte mediante la utilización de elementos gráficos tomados directamente de nuestra cultura de la información. El autor ejemplifica esta teoría con la obra de algunos artistas que trabajan con la imagen publicitaria, textos como imágenes, o imágenes como comunicadoras directas de un concepto (tal sería el caso de Barbara Kruger, Jenny Holzer, Cindy Sherman, Orlan y Jeff Wall, entre otros).

Con esto, es bastante claro cómo, luego de abandonarse la experimentación con y sobre la materia, propia de las vanguardias, según lo afirma Martínez Moro, la paleta de muchos artistas se conforma hoy a partir de material iconográfico en forma de registros gráficos de codificación mediática; en ocasiones, es incluso posible encontrar un interés por la cita visual, que se manifiesta mediante la reinterpretación y reelaboración conceptual de una idea preestablecida.

Para terminar, el autor presenta en su epílogo un panorama general de lo expuesto a lo largo del libro, recogiendo los puntos clave de su argumentación.

Es interesante resaltar que a pesar de que el texto está centrado en el tema de la imagen, y los medios de reproducción gráfica, no se haga mención en ningún momento a los estudios visuales o la cultura visual, tan difundidos en España desde hace algunos años. Su base teórica está más bien en las ideas de Peter Burke, quien da una mirada desde la historia y la cultura, a la imagen como documento.

A través de todo el contenido, el autor demuestra que, si bien “la lectura iconográfica de la historia del mundo se abre ahora a múltiples interpretaciones plásticas, diseminaciones, injertos y texturas”, bajo todo esto subyace “una profunda actitud epistemológica de naturaleza crítica, que tiene a la imagen como eje de actuación para redefinir, una y otra vez, el universo cultural y visual” (34). Es allí donde la ilustración mereciera el apelativo de categoría estética y la valoración como punto de convergencia del arte y el conocimiento.

El texto, escrito en un lenguaje de fácil acceso para quienes comienzan a estudiar el tema de la imagen, reúne al lector con las ideas de autores de consulta obligada como los mencionados a lo largo de esta reseña, entre otros. Su línea argumentativa, a pesar de tocar muy tangencialmente lo que se refiere a los siglos XVIII y XIX, se hace sólida en la medida en que su mirada histórica a los medios de reproducción gráfica y los soportes de las ilustraciones renacentistas y barrocas, se contrasta con el fenómeno contemporáneo de la mediatización y digitalización de la imagen.